José Pablo Feinmann eronism 1

Filosofía política de una obstinación argentina

John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (II)



EL ENANO PERONISTA DEL CHE

PARTIDO Y MOVIMIENTO

empranamente empieza Cooke a recibir señales de Frondizi tendientes a un acuerdo con el peronismo. "Cooke no tenía ilusiones políticas respecto a Frondizi y dudaba especialmente de sus promesas nacionalistas, aunque al parecer creía, al mismo tiempo, que un acuerdo podía dar un respiro al movimiento peronista en un contexto fuertemente represivo. Viaja a Caracas para obtener la palabra final de Perón sobre el asunto y en febrero de 1958 es el signatario del pacto secreto celebrado con Perón, Frondizi y Rogelio Frigerio" (Tarcus, Ibid., p. 149. Cursivas mías. Será correcto mencionar aquí que el excelente trabajo sobre Cooke del Diccionario de Tarcus corresponde a su colaboradora Victoria Basualdo). Con la elección de Frondizi, muchos peronistas de la "línea blanda", de esos que durante la época combativa solían ser llamados "dialoguistas", "pactistas" o "conciliadores" (el concepto de "burocracia pactista" es importante en Cooke y será uno de los que con más intensidad se apropiará la JP) se adueñan de posiciones de poder dentro del Movimiento. Coherentemente, intentan desplazar "a Cooke y a los sectores más radicales del peronismo. Perón reacciona frente a esta confrontación garantizando la autonomía de los diferentes grupos, lo que debilita la posición de Cooke y su puesto de jefe de la División Operaciones (...). Cooke intenta fortalecer la tendencia revolucionaria buscando convocar a trabajadores y miembros de la 'línea dura' del movimiento" (Tarcus, Ibid.,

Tenemos planteadas ya las diferencias fundamentales entre Perón y Cooke, antes aun de haber analizado la Correspondencia que mantuvieron. En la distinta respuesta a esta situación está todo. Perón tiene una concepción sumatoria de la política. Hay que sumar fuerzas. Cuantos más seamos, más fuertes somos. Pero no somos todos iguales ni pensamos lo mismo, se le podría decir al conductor y, de hecho, Cooke se lo dirá varias veces. Pero Perón suplanta la ideología por la conducción. En el peronismo -dirá una y otra vez- en cuanto a ideología tiene que haber de todo. No importa la ideología de los que se incorporan, lo que une a todos es la conducción del líder. Hay aquí un núcleo poderoso de la personalidad y del estilo de conducción de Perón que funcionó siempre... hasta el 20 de junio de 1974. Ahí se produjo la gran sorpresa hasta para el propio Perón que, además, estaba físicamente deteriorado para resolverla. Pero el pensamiento de Perón radicaba en la posibilidad del conductor de conducir a todos. La unificación no la daba la ideología, la daba la conducción. "¿Usted es fascista, usted es zurdo?, entren los dos. Pero si acatan mi conducción." Es un pensamiento militar. Importa más la disposición de las fuerzas que el pensamiento que las mueve. Además, las fuerzas no tienen por qué pensar. Tienen que acatar a la conducción. Es cierto que Perón decía esas cosas que solía decir: que hasta el último que es conducido tiene un papel en la conducción. O ese otro célebre macanazo: que todos llevan en su mochila el bastón de mariscal. Para Cooke, todo es distinto. Cooke es un ideólogo. Cooke tiene una ideología. Es, sí, un tipo de izquierda. De una izquierda amplia. Que lleva adelante el pacto con Frondizi. Que ve el papel objetivamente revulsivo que tiene la figura de Perón en las masas, no sólo argentinas sino latinoamericanas. Pero, para Cooke, un fascista es un fascista. Y la política no es el arte de sumar a todos. Es el arte de sumar a los propios. De lo contrario, lo que se organiza es una mermelada, ese gigante invertebrado que siempre fue el peronismo. De aquí la actitud diferenciada que ambos tienen ante la inclusión de los "blandos", de los "dialoguistas" en el Movimiento. Cooke no los quiere. Se dan vuelta en cualquier momento. Un "blando" es un tipo siempre preparado para la traición. El "dialoguista" también. Tanto dialoga, que al final lo convencen los otros y traiciona. Sucede que Cooke no se ve a sí mismo como un gran conductor estratégico que puede "conducir el desorden", como se jactaba Perón. No se creía "el Padre Eterno". Para Cooke, la conducción era la praxis más la teoría revolucionaria o la teoría revolucionaria más la praxis. Perón impulsó una teoría para el peronismo. La teoría la hacía él. Plasmó, dibujó una doctrina adecuada a un movimiento. Un movimiento es un concepto tan amplio que en él entra todo. Porque el peronismo es un "movimiento" resulta posible que los peronistas de la Triple A asesinen al peronista Troxler. No es -hablando con precisión- eso que la izquierda llama un movimiento "policlasista". Desde luego que es "policlasista". Tampoco vale la pena discutir qué clase tiene la hegemonía. La hegemonía la tiene Perón. Que para algunos representará a la burguesía y, por consiguiente, el peronismo será un movimiento burgués. Pero aquí hay que salir de estos venerables conceptos. El peronismo podrá representar todo lo que se quiera que represente. Pero -mirando las cosas desde el año 2008- lo que el peronismo ha terminado por representar para la clase media y para la oligarquía o para las corporaciones financieras no es la burguesía. Aunque la represente. Aunque ella haga sus negocios por medio de sus políticas. Aunque siempre esté lejos de proponerse una revolución. El

peronismo (y si no pregúntenle al establishment) representa a la negrada, a los grasas, a los gordos de los sindicatos, a los gronchos y, como siempre, al mal gusto. Y ése es su peligro latente. De aquí que aunque se empeñe en hacer buena letra, nunca los Estados Unidos lo mirarán con buena cara. El peronismo es popular. O "lo popular" se empecina en ser peronista. De este hecho, la responsabilidad de la torpeza política y organizativa de la izquierda argentina es enorme. El peronismo no tiene "la culpa" de que los obreros no sean socialistas, la culpa la tiene el socialismo.

Perón podría reprocharle a Cooke desear *solamente* la creación de un partido revolucionario de vanguardia. Cooke le reprocharía querer fundar un movimiento de masas, un movimiento del pueblo con un líder que ejerza sobre él una conducción práctica y teórica. Se trataría, tal vez, de una discusión entre Lenin y Mao. Y mucho de ello lo veremos al analizar la *Correspondencia* que mantuvieron.

En enero de 1959 encontramos a Cooke entremezclado con la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre, uno de los más altos momentos de la Resistencia peronista. Pero aquí es donde arremeten contra él quienes creen que es un comunista metido en el peronismo, que Perón ha confiado demasiado en él y tiene una peligrosa tendencia a hacerlo y que hay que sacárselo de encima. Los conciliadores, los dialoguistas, los macartistas (los que dicen, como Frigerio, que la huelga del Lisandro de la Torre está manejada por un sector comunista del movimiento) acorralan a Cooke y consiguen desalojarlo de los niveles de conducción y, aún más, intentan expulsarlo del peronismo. Recordemos, aquí, la fecha en que se lanza la huelga del Lisandro de la Torre: enero de 1959. Es el momento en que, gloriosamente, entran en La Habana Fidel, el Che, Raúl Castro y Camilo. Era un momento de exaltación para la izquierda latinoamericana. No sé si a Cooke le habrán importado mucho sus retrocesos en la conducción del peronismo. Su horizonte, ahora, estaba puesto en la Cuba de Castro. Quería ser parte de esa experiencia.

En efecto, los blandos, los conciliadores, lo destituyen. Pasa a la clandestinidad y, al poco tiempo, junto con su mujer, Alicia Eguren, se exilia en Cuba. "Una vez allí, profundamente impactado por la revolución que había triunfado en ese país, empieza a considerar la posibilidad de la guerra de guerrillas como un medio para resolver, a largo plazo, las contradicciones dentro del peronismo y de la sociedad argentina. Ejerce influencia sobre la primera iniciativa de guerrilla rural en la Argentina denominada Uturuncos, de filiación peronista, que operó brevemente en la provincia de Tucumán hacia fines de 1959" (Tarcus, Ibid., p. 150). Lleva jóvenes a Cuba para iniciarlos en las prácticas de la guerrilla, pero rechaza a los del Partido Comunista porque sostenían una postura antifoquista. (Que Cooke, en sus más profundos desarrollos teóricos, no avalará en modo alguno.) Se produce Bahía de Cochinos y se pone el uniforme de miliciano. Hay una foto entrañable en la que lo vemos así vestido: gordo, realmente con mucho sobrepeso, sonriendo, con su gorra, su fusil, con todo lo que tiene que tener menos pinta de combatiente. Es el Gordo Cooke de todas las encrucijadas: un tipo que nació para pensar, para discutir, para dar discursos, para escribir, no para agarrar las armas. Es la antítesis del soldado. Conmueve igual que lo haya intentado: él era así, nunca dejaba de hacer las cosas en que creía. Y en la invasión de Bahía de Cochinos había que defender a Cuba. (A propósito: la novela Rosa de Miami, de Eduardo Belgrano Rawson, es una joya de nuestra literatura que narra, precisamente, la invasión a Cochinos. Pocos como Belgrano son capaces de narrar -con una prosa brillante y precisa- un hecho histórico y llevarlo a los niveles del arte literario. Ya lo ha hecho con la guerra del Paraguay en su notable Setembrada.)

LA VIOLENCIA Y LA TEORÍA DEL FOCO

El texto mítico que produce (el que buscábamos o celosamente custodiábamos si lo habíamos conseguido) es Informe a las bases. Se constituye en el gran teórico del peronismo revolucionario. "Cooke es elegido de manera unánime para conducir las delegaciones de la Argentina a las Conferencias de la Tricontinental (a la que envía Guevara, desde Bolivia, su célebre texto sobre la creación de los muchos Vietnam en América latina, que estudiaremos, JPF) y OLAS en 1966 y 1967 por parte de las organizaciones miembros, en las que se considera válida la vía de la lucha armada y la guerra revolucionaria prolongada" (Tarcus, Ibid., p. 150). Funda la Acción Revolucionaria Peronista. Es muy influido por el pensamiento de Guevara sobre el foco guerrillero. Algo que no está del todo definido en su pensamiento, pues si Cooke adhiere tan persistentemente al peronismo es porque considera que las masas peronistas pueden y deben ser la base de todo hecho revolucionario, lo que se opone a la teoría del foco, que parte del grupo guerrillero y del carácter galvanizador de la guerrilla. Nunca emprendió una acción guerrillera propia. Posiblemente porque no estaba físicamente preparado para tal cosa. O por alguna vacilación de tipo teórico que acaso vayamos descubriendo. Pero no es correcto hablar de un Cooke foquista. Cooke, por el contrario, es el ide-



ólogo del peronismo revolucionario porque es el ideólogo del *entrismo* en las masas. Seamos peronistas porque las masas lo son y debemos llevarlas hacia la lucha por la liberación nacional. No dejó, además, de usar nunca estos conceptos: liberación nacional. Encontraba en el peronismo "lo nacional" y no quería perderlo.

Muere de cáncer el 19 de septiembre de 1968. Tenía 48 años de edad. Un enorme signo de interrogación se abre aquí. ¿Qué habría hecho Cooke ante el regreso de Perón? ¿Qué habría hecho Cooke después de Ezeiza? ¿Se habría unido a los Montoneros? ¿Se habría unido al ERP, posibilidad nada desdeñable? ¿Habría creado una organización propia? ¿Habría sacado una revista, como hizo Ortega Peña con *Militancia*? ¿Habría, antes, aceptado las negociaciones con Lanusse, la salida electoral? ¿Y si su jefatura, su poder como figura mítica del peronismo, se imponía sobre la de Firmenich y la Galimberti, cuando



la Juventud Peronista se transforma en la Tendencia? ¿Y si directamente abría él el espacio del peronismo revolucionario y confluían ahí todas las corrientes de izquierda? Es impensable. Era demasiado fuerte su presencia como para que, incluyéndo-la, podamos no pensar que los cambios habrían sido importantes. De todos modos, cabe pensar también que se murió a tiempo. Que nada habría podido protegerlo de las bandas asesinas que se desatan después de la muerte de Perón. Que el aparato parapolicial montado en vida de su viejo líder, del hombre en el que tanto confió, al que tanto esperó y del que esperaba tanto, lo habría asesinado con tanta saña como a Troxler, como a Ortega Peña.

Pese a su experiencia cubana y pese a sus transitorios (o no) deslumbramientos con la teoría del foco insurreccional, debidos, en gran medida, a su admiración por el Comandante Guevara, el punto que más sigo admirando de Cooke es el de

la relación que establece entre la lucha (armada o no) y las masas. La violencia sólo se legitima cuando hunde sus raíces en el pueblo. Cooke es peronista porque en el peronismo encuentra la sustancia de la lucha. Y esa sustancia es para él el pueblo peronista. Si no, no habría andado tanto tiempo detrás de Perón. Si Cooke lo requiere a Perón es porque quiere una verdadera violencia revolucionaria. La que surge como respuesta de un pueblo en lucha contra una dictadura. Para colmo, la situación argentina era todavía más injusta: el pueblo reclamaba por un líder. Por un hombre al que había tal vez idealizado (sin duda ayudado por la maldición de los poderes ilegítimos) pero al que genuinamente quería. Con ese líder, con esas masas, no hacía falta foco guerrillero alguno y se eludían los eternos peligros de las vanguardias. En marzo de 1973, en el Nº 8 de la revista Envido, en un artículo que llevaba por título: "Cooke, peronismo e historia", buscaba yo

desarrollar esta concepción ante el escozor que me producía el iluminismo de grupos armados como el ERP (al que la relación con las masas no le importaba en modo alguno) y las posibilidades de Montoneros de seguir en la lucha armada una vez instalado el gobierno democrático peronista. Esta posibilidad, atinadamente, Montoneros la había declinado ante el triunfo electoral, un triunfo por el que mucho había hecho, ya que la campaña la llevó adelante la Tendencia, los muchachos de la Patria Socialista. Cito el texto: "Desde que Lenin, en 'Qué hacer', citó a Kautsky y aceptó aquello de que la conciencia socialista debía ser introducida como 'elemento externo' en la clase obrera, la cuestión se ha vuelto a plantear una y otra vez: ;cuáles son las relaciones entre la teoría revolucionaria y las masas? Rosa Luxemburgo, oponiéndose a las tesis de Lenin, no tuvo dudas: la teoría revolucionaria estará determinada por el movimiento espontáneo de las masas. Para Althusser, sin embargo, éste es un típico error teórico 'izquierdista'. Aquí va: 'La ciencia marxista-leninista (...) no podía ser el producto espontáneo de la práctica del proletariado: ha sido producida por la práctica de intelectuales que poseían una alta cultura, Marx, Engels, Lenin, y fue aportada 'desde afuera' a la práctica proletaria, a la que modificó de inmediato al transformarla profundamente" (Louis Althusser, La filosofía como arma de la revolución, Pasado y Presente, Córdoba, 1968, p. 38) (...) Lo que aquí está en juego, y lo que realmente hay que definir, es el concepto de vanguardia. Si bien es cierto que la auténtica conciencia revolucionaria es aquella que puede conectar las luchas parciales con una estrategia global de poder, no lo es menos que esa conciencia no puede ser patrimonio de un grupo de elegidos consagrados a introducirla como "elemento externo" en las masas. Acabarían, fatalmente, condenados a generar una conciencia abstracta y suprahistórica, una especie de burocratismo iluminista. Y Cooke no dejó de ver claro en esto: "La política revolucionaria no parte de una verdad conocida por una minoría sino del conocimiento que tengan las masas de cada episodio y de las grandes líneas estratégicas" (Cooke, La lucha por la liberación nacional, Papiro, Buenos Aires, 1971, p. 42). La vanguardia revolucionaria, en suma, nada tiene que ver con los grupos minoritarios de científicos de la revolución consagrados a elaborar teorías sin pueblo... (J. P. F., Cooke, peronismo e historia, revista Envido, marzo de 1973, Buenos Aires, Nº 8, p. 23). Y luego citábamos otro texto en el que Cooke decía que no era posible conocimiento alguno exterior a la práctica de las masas. Que el conocimiento revolucionario es la experiencia directa de esa lucha enriquecida por el pensamiento crítico. Estas cosas las publicábamos en Envido en marzo de 1973. Firmenich leía nuestra revista, pues días después la pidió para la organización. (Nota: Los que nos opusimos a tomar esta medida -reclamando la libertad que la revista siempre había tenidoperdimos la partida. Pero sólo un número más salió de Envido y al supremo jefe no le agradó. Envido no era proclive a la violencia y menos aún luego del triunfo del 11 de marzo. Además, nunca adhirió a la teoría del foco, por considerarla ajena a la experiencia de masas del peronismo.)

LA VIOLENCIA Y LAS MASAS

O sea, la idea central que da origen al nacimiento de la izquierda peronista, es decir, que hay que estar *en* el peronismo porque ahí están las masas y sin las masas no hay revolución posible, sino que se genera el vanguardismo sin pueblo que termina girando en el vacío (algo que luego habrá de decirles, tarde, Rodolfo Walsh), estaba bien expuesta por todos los miembros de *Envido*. No había uno que no pensara eso y que, de una u otra manera, no lo hubiese escrito en la revista. La política de superficie de Montoneros responde a esta precisa concepción teórica. Le dura hasta el asesinato de Rucci. Ahí prescinde de las masas.

Pero el texto de Cooke que valía oro para mí y en el que me basaba para desarrollar la teoría de las masas como base de toda acción política y como único elemento que, bajo la proscripción dictatorial y ejerciendo el derecho de los pueblos a sublevarse contra la tiranía, podía justificar la violencia, era el que he citado ya en mi trabajo (lejano) de 1973: *La lucha por la liberación nacional*. Sobre él trabajaremos ahora para desarrollar los temas centrales del pensamiento de Cooke. Se comprenderá que no utilice el texto de Papiro de 1971 porque ignoro en qué encrucijada de la vida (y del terrorismo de Estado) se me extravió.

El texto célebre de Cooke que inicialmente todos empezamos a leer fue el *Informe a las bases*. Se trataba de un análisis revolucionario del regreso de Perón en 1964. Cooke desarrolla ahí sus principales puntos teóricos. Es necesario señalar que conocía muy bien la *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre, libro que desarrolla de modo brillante y contundente la temática del *Grupo en fusión*. Si hay, por otra parte, un texto que no toma en cuenta el concepto de vanguardia es el de Sartre, pues todo su esfuerzo se concentra en mostrar la totalización dialéctica que va del individuo al lugar de la historia.

El texto de Cooke surge de una conferencia que dio en Córdoba a la FUC (Federación Universitaria de Córdoba) el 4 de diciembre de 1964. Habla del fracaso de la operación retorno: Perón, en efecto, fue detenido en el aeropuerto de El Galeao y regresado a Madrid. Ante este fracaso hay varias reacciones, varias propuestas. Cooke, al describir, las de los super-violentos lanza una de sus frases más penetrantes. Los super-violentos "proceden como poseedores de las recetas infalibles para la revolución perfecta, trazada con escuadra y tiralíneas" (John William Cooke, La lucha por la liberación nacional, Editorial Quadrata, Buenos Aires, 2007, p. 35). Si hemos de reflexionar sobre la violencia, lo mejor es hacerlo desde ya, pues esta historia es violenta de cabo a rabo y si es Cooke quien nos acerca sus reflexiones en uno de sus textos más notables, más importantes, hay que escucharlo más que a muchos, no digo más que a nadie, pero más que la mayoría de los que han desvariado en torno al tema fundamental de la condición humana: ¿hay que matar?, ¿por qué mata el hombre?, ¿hay una violencia legítima?, ;cuáles son sus condiciones? A veces creo que el tema de este ensayo (un ensayo en torno de un movimiento político urdido por la violencia) es precisamente éste. De modo que escuchemos la voz lúcida, el pensamiento de un tipo arrasadoramente inteligente. "La no-violencia (escribe Cooke) corresponde a una manera de ser, a una modalidad intrínseca de la burocracia reformista; la violencia sin fundamentos teóricos suficientes es también una simplificación de la realidad, que supone un expediente -el de la violencia- sacado del contexto revolucionario, desvinculado de la lucha de masas, es la acción de una secta iluminada. Ambos tienen la misma falla respecto de la realidad. Uno la acata tal cual es: mide la correlación de fuerzas y como, evidentemente, el enemigo tiene la máxima concentración de fuerza material, los tanques, las armas y el dinero del imperialismo, se resigna y busca que el régimen le dé entrada con alguna porción de poder compartido; es el neoperonismo y todas las variantes de la burocracia reformista. Al mismo tiempo, violento porque sí, el que se proclama exclusivamente como 'línea dura' cree que esa correlación de fuerzas puede ser modificada por el mero voluntarismo de un grupo pequeño de iniciados; no aspira a un movimiento de masas en que la salida revolucionaria sea la consecuencia lógica y la dirección revolucionaria se convierta en la única posible, sino que aspira a constituirse como vanguardia del movimiento caído de la estratosfera para venir a decirle las verdades reveladas de esa revolución sin fundamento doctrinario, sin base en la realidad" (Cooke, Ibid., p. 36. Cursivas mías.) Este voluntarismo es constitutivo de la vanguardia. Con la voluntad todo es posible. La voluntad revolucionaria puede vencer los escollos de la realidad, siempre débiles ante ella. La voluntad revolucionaria puede suplir el respaldo de las masas y, con su poder, convocarlo. No es azaroso que el libro de Anguita y Caparrós lleve por título La Voluntad. La voluntad es un concepto nietzscheano y la voluntad de poder es, para Nietzsche, aquello que permite el devenir de la vida. Para el revolucionario abstracto, iluminista, su voluntad no necesita asideros en la realidad, los crea. Su voluntad es, también, pura, es la voluntad del iluminismo revolucionario que tiene que vencer necesariamente al vil mercantilismo del mercenario. Hay una valoración moral de la voluntad. Nuestra voluntad es pura, es limpia, se rige por ideales. Nuestros enemigos son mercenarios. O soldados recogidos del pueblo que se nos unirán en el momento del combate. La voluntad, a la vez, me permite conocer la realidad y se nutre con ese conocimiento, que es, ni más ni menos, que la teoría revolucionaria. Cooke, por el contrario, escribe: "La política revolucionaria no parte de una verdad conocida por una minoría sino del conocimiento que tengan las masas de cada episodio y de las grandes líneas estratégicas" (Cooke, Ibid., p. 38).

¿Se comprende el valor que le damos a este texto, el aura mítica que tenía para nosotros cuando sólo podíamos conseguirlo en mimeógrafo? La derecha peronista nunca lo aceptó. Amelia Podetti, brillante teórica, notable filósofa, detestaba a Cooke. Hicimos juntos en 1969 un seminario sobre los procesos de cambio en la Argentina. Amelia decía: "El teórico del peronis-

mo no es Cooke, es Perón". Era la posición de los intelectuales de derecha. De los mejores cuadros de Guardia de Hierro. De los Demetrios. Se conocían de memoria Conducción política y La comunidad organizada. Estudiaban cada uno de los filósofos citados en este último texto. Agotadora tarea, ya que Perón no dejaba uno sin citar. La izquierda peronista les decía "el peronismo mogólico". Cuando Perón llega (en su primer regreso y se instala en Gaspar Campos) rodean la manzana, pasan la noche ahí, custodiándola, y cuando sale el sol cantan: "Buenos días, general, su custodia personal". Eran profundamente antimarxistas. Profundamente anticookistas. Detestaban a la guerrilla aunque no se le opusieron hasta que Perón se les enfrentó. En 1973, en medio de ese enfrentamiento, Podetti empezó a dar unos cursos sobre ortodoxia peronista en el Teatro San Martín. La encontraron muerta, en plena dictadura, de un paro cardíaco, dijeron. Salvo que haya sido algún ajuste de cuentas de la derecha peronista, los militares no tenían motivo alguno para liquidarla. Había sido una ferviente enemiga de la guerrilla. Y había odiado a Cooke desde Perón y atacado la importancia que nosotros le dábamos a nuestro Gordo querido.

LOS FUNDAMENTOS DE LA VIOLENCIA

Cooke, en su Informe a las bases, escribe textos dignos del Prólogo de Sartre a Fanon: "El obrero (...) sujeto para sí, es objeto para quienes lo explotan, carente de bienes materiales y también de los bienes espirituales a los que se accede por medio de la cultura y el desenvolvimiento de la personalidad. El primer paso para dejar de ser objeto no es la cultura, que los regímenes de trabajo extenuantes no le permitirán formarse, sino la acción revolucionaria" (Cooke, Ibid., p. 50). De este modo, la misión del verdadero hombre de izquierda es incorporar al obrero a la praxis, no hacerla solo, como el vanguardista iluminado, porque incorporando al obrero lo incorpora a la cultura, que sólo le puede venir de la acción revolucionaria. Esta es la única acción pedagógica válida del intelectual sobre el obrero: sumarlo a la lucha revolucionaria, ayudarlo a encontrar su identidad en la lucha. Luego Cooke dirá otra de sus frases como latigazos: "Un régimen nunca se cae, siempre hay que voltearlo". Notemos que la potencia de estas fórmulas responde al poder de su pluma eximia, como el caso de Sartre.

Y ahora el anteúltimo parágrafo de este texto deslumbrante. Su título: Los fundamentos de la violencia. Detecta una carencia en el peronismo revolucionario: una adecuada teoría de la violencia. "La teoría revolucionaria comprende la teoría de la violencia" (Cooke, *Ibid.*, p. 65). Vamos a citarlo extensamente. Lean con detenimiento el texto. Luego, con ese mismo detenimiento, nos consagraremos a analizarlo. Cooke empieza con el argumento que extiende la violencia a la injusticia social: "Pero el que algunos tengan mucho y otros no tengan nada, ;acaso no es un hecho de violencia? (...) La opresión no es una fatalidad que nos llega del cielo: la opresión es algo que unos hombres les hacen a otros hombres. No es una situación de la que nadie sea responsable: es responsable el régimen, son responsables los hombres del régimen (...). Si en el Noroeste hay una mortalidad infantil altísima (...) eso no ocurre porque sí, sino porque hay hombres que han creado las condiciones para ello, y hombres que son cómplices porque las aceptan" (Cooke, Ibid., p. 66). Ese es el aspecto existencialista de Cooke. Su hondo humanismo sartreano. Si Levinas puede decir que los filósofos existencialistas se equivocaron al reducir el Ser al ente antropológico, Cooke lo mandaría al diablo. A mí me importa el hambre, la miseria y la explotación del ente antropológico, si eso es el Ser o no lo es, no me preocupa, entreténgase usted con esas cosas. Observemos con qué obsesividad Cooke marca la responsabilidad de los hombres en la iniquidad de la historia. El mecanismo de la explotación no viene de las estructuras, Son los hombres quienes lo sostienen. Se dispone a luchar contra la degradación de los hombres con todos los medios que tenga. Y si no es elegante, no le importa. "Nosotros somos peronistas, no caballeros"

(Cooke, Ibid., p. 66). Y atención ahora: "Condolerse por la condición de los niños norteños es lo que viene haciendo la oligarquía desde hace cien años. El que realmente lo sienta, que tome parte de la lucha. No con llamados a la buena voluntad de los opresores, sino armando el brazo de los oprimidos, dándoles conciencia de su opresión y de las causas y despertando su voluntad para buscar la libertad" (Cooke, Ibid., p. 66). Aquí resuena la poderosa frase de Marx: "Hay que hacer la opresión real aún más opresiva, agregándole la conciencia de la opresión; hay que hacer la ignominia aún más ignominiosa, publicándola" (Es la Introducción a la filosofía del derecho de Hegel, 1843). O del mismo texto: "La crítica no es una pasión de la cabeza, sino la cabeza de una pasión. No es un bisturí sino un arma. Su objeto es su enemigo, a quien no quiere refutar, sino aniquilar". Y sigue Cooke: "Es falsa la elección entre violencia y no violencia: lo que se debe resolver es si se ha de oponer a la violencia de los opresores la violencia libertadora de los oprimidos" (Cooke, *Ibid.*, p. 66). Pero esto es muy complejo. No es cuestión de venir a hablar así nomás de la "violencia de los oprimidos" y de pronto aparecen cuatro locos con metralletas al grito de "¡Aquí están los oprimidos!" Eso le hace un daño irreversible a la revolución. Escribe Cooke: "Por eso los que vienen con revolucionarismos abstractos, anunciando baños de sangre y declarando la guerra civil porque sí y ante sí, también están lejos de la violencia revolucionaria, que presupone la moral. El revolucionario no desprecia la moral: desprecia la ética del régimen para sustituirla por la ética de la solidaridad revolucionaria" (Cooke, Ibid., p. 67). La violencia revolucionaria, dirá, es distinta a la del régimen porque tiene una base ideológica y moral. "Porque no se puede exponer a un ser humano a la cárcel -y tal vez a la muerte- sino conmoviéndolo como conciencia, como parte de la conciencia colectiva. Es violencia contra los enemigos de los seres humanos; o sea, es amor a los hombres que se traduce en odio a quienes causan su desgracia" (Cooke, Ibid., p. 67. Cursivas mías). Considero que la exposición que acabamos

de ver en este luminoso texto de John William Cooke es una de las más sólidas e inteligentes que se han formulado desde la izquierda. Si tenemos en cuenta que el texto es de 1964 no podemos sino concluir que es posterior a todo cuanto Guevara le haya podido decir acerca del foco insurreccional en Cuba. Bien, en este texto no hay una sola mención a ese foco. ¿Cuál es la diferencia? El foco insurreccional plantea: primero el foco, después las masas. Es lo que cantaban -muy equivocadamente- los pibes de la JP, los foquistas: "Ayer fue la Resistencia, hoy Montoneros y FAR, y mañana el Pueblo entero en la lucha popular". Lo que causaba el estupor de muchos, pero muchos, eh, muchos, que habíamos "entrado" en el peronismo por otros motivos. Justamente por el contenido masivo del movimiento. Oigan, ¿cómo mañana el pueblo entero? ¿Para eso nos metimos en el peronismo? No, muchachos: Y por siempre el pueblo entero en la lucha popular. La concepción de Cooke no es la de Guevara, por más amigos que hayan sido y por más que, según la leyenda, haya seducido el Guerrillero Heroico al gran lector de Sartre y de Marx. Para Cooke la cosa no es primero el foco, después el pueblo. No es primero una minoría y después las masas. Una minoría sin masas se extravía sin remedio. No existe revolución sin masas. El verdadero revolucionario es aquel que trabaja con y desde las masas. Por eso valoraba tanto a Perón. Lo que Perón le daba: las masas peronistas. Lo veremos todavía con mayor profundidad en nuestra próxima entrega. Cuando analicemos la Correspondencia Perón-Cooke, una joya del pensamiento político. También una imposibilidad de entendimiento que se vislumbra desde el principio y que será cerrada por Cooke cuando escriba: "Mis argumentos, desgraciadamente, no tienen efecto: Ud. procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en forma totalmente antitética".

Colaboración especial: Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (III)